

El padre espiritual en la tradición monástica

Hna. Adriana Beatriz Mallol, MD

Doctora en Letras y profesora de Doctrina Sagrada, Instituto "Mater Dei", San Luis, Argentina.

Notas

Introducción

San Juan Bosco, egregio educador de la juventud, aconseja a los maestros salesianos:

Si de verdad buscamos la auténtica felicidad de nuestros alumnos y queremos inducirlos al cumplimiento de sus obligaciones, conviene ante todo que nunca olvidéis que hacéis las veces de *padres* de nuestros amados jóvenes. Miremos como a hijos a aquellos sobre los cuales debemos ejercer alguna autoridad (San Juan Bosco).

La paternidad es una realidad tan familiar al ser humano que muchas veces no tomamos conciencia de su relevancia y trascendencia. El apóstol San Pablo afirma: «Doblo mis rodillas ante Dios Padre, *de quien procede toda paternidad*, en el cielo y en la tierra» (Ef 3,15). La Revelación nos dice que Dios es Padre, que Dios es Amor, y es propio del amor ser difusivo de sí, comunicarse. Dios Padre nos creó, nos conduce de la mano (Dt 1,31), nos cuida, y toda paternidad en esta tierra es reflejo de la suya. La paternidad está unida, por lo tanto, a ese *engendrar*, no solo en el orden natural sino también en el espiritual. Es propio, pues, de todo padre, *dar la vida y educar*.

La paternidad es, pues, dar la vida. Ser padre, en sentido literal y metafórico, es dar a otro ser el espacio para una existencia y una vida propia, en el proceso interno de la generación. Padre e hijo son conceptos que expresan una relación.

En el ambiente monástico el nombre de "Padre" o de "Madre" (*Abba* o *Amma*) se empleó para designar a aquellos monjes sabios, hombres y mujeres, llenos del Espíritu Santo, que eran capaces de guiar a hijos espirituales hacia las cimas más elevadas de la perfección¹. La paternidad espiritual es un carisma, un don del Espíritu Santo, no una institución. Este carisma

¹ Cf. I. HAUSHERR, *Direction spirituelle en Orient autrefois*, Pontificium Institutum Orientalium Studiorum, Roma 1955, 17-55.

no está ligado a un ministerio, ni al sexo ni a la edad de los que han sido gratificados.

Padre espiritual es aquél que a quien la sabiduría divina ha dado el encargo de «engendrar muchos a la virtud y al conocimiento de Dios, es decir, a la contemplación». La principal misión del padre espiritual es ayudar a discernir la acción de Dios en sus vidas y corazones.

Nuestro objetivo en el presente trabajo es presentar las enseñanzas patrísticas, sobre el “Padre espiritual”. Nos basaremos fundamentalmente en las obras de Juan Casiano, monje del siglo V, *Instituciones cenobíticas*² y *Colaciones*³. En primer lugar, intentaremos destacar cómo asemeja la vida monástica a *un arte* que necesita de un padre o maestro, conocedor experto de la vida interior, que enseñe a los novicios los caminos de la madurez religiosa. A continuación, subrayaremos *los medios pedagógicos* de los que se vale ese pedagogo espiritual y, finalmente, pondremos de relieve *las disposiciones* que debe tener el discípulo para poder ser transformado en un hombre virtuoso y convertirse él, a su vez, en padre espiritual.

1. La vida monástica, un arte

Los Padres enseñaron el itinerario hacia la perfección con su ejemplo más que con las palabras, no transmitieron un mero saber erudito sino una *vida*, una vida interior excelente. Casiano habla de una “ciencia espiritual” y explica:

Existen en este mundo muchos géneros de ciencias. Su variedad iguala a la de las artes y profesiones. Ahora bien, aun cuando sean todas ellas o inútiles o solo provechosas a los intereses de la vida presente, no se encuentra, sin embargo, una sola que no tenga, para su adquisición, *un orden o un método propio* que facilite la inteligencia de los que aspiran a poseerla.

Si, pues, no nos iniciamos en el conocimiento de estas artes, sino mediante sistemas pedagógicos determinados y concretos, ¿con cuánta mayor razón habrá de proceder así en *la disciplina y profesión religiosas*, que tienden de suyo a la contemplación de los secretos que encierran los misterios invisibles? Su objetivo no son las ventajas de aquí abajo, sino el precio de la eter-

² Esta obra, que será citada en la forma abreviada (*Inst.*), la sección y, eventualmente, la página de traducción castellana, se toma de la siguiente edición: JUAN CASIANO, *Instituciones cenobíticas*, traducción de Mauro Matthei, OSB y Monjas Benedictinas del Monasterio Santa María, Madre de la Iglesia, Ediciones Cuadernos Monásticos, 1995.

³ Esta obra, que será citada en la forma abreviada (*Col.*), la sección y, eventualmente, la página de traducción castellana, se toma de la siguiente edición: JUAN CASIANO, *Colaciones*, Tomos I y II, traducción de León María y Próspero María Sansegundo, Rialp, Madrid 1998².

na recompensa. Por tanto, hay que convenir en que también *ellas tienen un orden y un método bien definidos* (Col. XIV, 1; 85-86).

El Abad de San Víctor presenta, por tanto, la *vida monástica* como un cierto *arte* que tiene sus reglas y exigencias propias y que es necesario conocer, respetar y transmitir sin falsificaciones. El monasterio es aquella «primera escuela de humildad y de paciencia» (*prima institutione humilitatis ac patientiae*, Inst. IV, 8), una especie de “estadio” o de campo de batalla, donde el joven monje recibe un “largo entrenamiento” (*longa exercitatione*, Inst. IV, 8) en las cosas del espíritu para poder convertirse poco a poco en un verdadero “soldado de Cristo” o “atleta” consumado que busca incesantemente el Rostro de Dios⁴.

Este *arte* sobrenatural supone, por tanto, un *artesano* que lo posea y lo transmita, un *discípulo* que desee aprenderlo, un *lugar* donde se lo enseñe e *instrumentos* apropiados para realizar el aprendizaje.

2. El padre espiritual, un artesano

La palabra “padre” es fundamental en el pensamiento de Casiano. Él emplea los términos *pater*, *abbas*, *senior*, muy venerados ya en la tradición cristiana.

Este padre espiritual aparece en sus obras con dos acepciones principales: el abad de un monasterio que preside a sus hermanos, y todo *anciano* o monje sabio que enseñe a otro más joven las sendas de la vida espiritual.

Casiano presenta esta figura desde su primera obra, *Instituciones cenobíticas*, y la continúa en sus *Conferencias de los Padres* en las que estos ancianos son los interlocutores principales.

El *Abba* es aquel monje puesto al frente de una comunidad o de un grupo de aprendices para que, *con su ejemplo y su palabra*, los ayude a crecer en santidad. Se lo llama *Padre* porque *engendra para la vida espiritual y educa*. Hace en el monasterio el papel de un verdadero *pedagogo* que vive, en primer lugar, las verdades que debe enseñar. Él es quien señala el camino transitándolo por delante, como un pastor que guía y protege a su rebaño. Esta figura es entrañable para el cristianismo dado que Cristo dijo de sí mismo que Él era el “Buen Pastor” (Jn 10,11). Se lee en las *Instituciones*:

⁴ «De ahí que el atleta de Cristo, que desea combatir el verdadero y espiritual combate según las reglas, debe apresurarse a vencer por todos los medios esta bestia de muchas y variadas formas» (Inst. XI, 19; 270).

Por lo tanto, nadie es elegido para presidir una comunidad de hermanos, si previamente el que es puesto a la cabeza, no *ha aprendido obedeciendo*, lo que deberá mandar a sus subordinados y no ha adquirido por la enseñanza de los ancianos, lo que deberá transmitir a los más jóvenes.

Gobernar bien a los demás o dejarse gobernar, dicen ellos, que es propio del sabio y lo señalan como el don más grande y una gracia del Espíritu Santo. Pues nadie puede establecer preceptos saludables para los súbditos sino el que primeramente ha sido instruido en todas las disciplinas de las virtudes; como tampoco nadie puede obedecer a un anciano si no está lleno del temor de Dios y es perfecto en la virtud de la humildad (*Inst.* II, 3; 49).

Lo primero que se advierte en este texto es la conciencia de que la paternidad espiritual es *una gracia* del Espíritu Santo y el regalo más grande que puede recibir un monje, puesto que ella irradia su fecundidad.

El monje maduro es, a semejanza de Cristo, como el grano de trigo que cayó en tierra, murió y dio fruto (Jn 12,24). Aquel hombre, muerto a los vicios, transformado por el Espíritu, puede iluminar a otros y señalar la voluntad de Dios en sus vidas, pues él es pura transparencia de ella y el primer *auditor* de la misma, un auténtico *obediente*.

En la Sagrada Escritura, justamente, el mandato de “oír” (*audire*) implica “obedecer” (*oboedire*), realizar lo que se ha escuchado. Esta *capacidad de escucha* es una de las características principales del padre espiritual que implica en él un *profundo espíritu de oración*.

El anciano *oye y obedece* no solo las enseñanzas evangélicas sino también las tradiciones que él, a su vez, recibió e hizo vida. Él es transmisor fiel de la *tradicción* que es una experiencia vivida y viviente.

Podríamos afirmar que el Abba es un hábil artesano y un *artista* porque es un *asceta* consumado, aquél que –bajo el soplo del Espíritu Santo y con su ayuda– fue realizando en su interior una verdadera unificación de todo su ser. Sus acciones virtuosas manifiestan el esplendor de su belleza interior⁵.

Él es el hombre *discreto* por antonomasia, conocedor de las debilidades de la propia carne y de las tentaciones del diablo; sabe discernir sus ardidés y sacar provecho, tanto de lo próspero como de lo adverso. Casiano lo llama metafóricamente “ambidextro”; escribe:

⁵ «El abad Sereno era un varón de gran santidad y abstinencia. Su vida era un fiel trasunto de la serenidad que expresaba su nombre. Por eso le admirábamos entre todos con una veneración singular [...] Sobre todas las virtudes que la gracia divina hacía resplandecer en sus acciones, sus costumbres y aun en su semblante, recibió por un privilegio particular, el don de la castidad» (*Col.* VII, 1; 305).

Se llama a estos varones y a sus semejantes *ambidextros*, es decir, que saben accionar con *ambas manos* como si fueran una y otra la derecha [...] Por nuestra parte seremos ambidextros cuando la abundancia o escasez de las cosas presentes no logren hacernos cambiar de rumbo en nuestra vida, es decir, que ni la primera nos empuje a la veleidad de la relajación, ni la segunda nos induzca a la desconfianza o a quejarnos del plan divino sobre nosotros. Antes, dando a Dios gracias en una y otra coyuntura, reportemos el mayor fruto posible de la prosperidad y de la desgracia (*Col. VI, 10; 285-286*).

El monje discreto es un hombre *sagaz*, que no se deja engañar fácilmente. Es reflexivo, sabe vigilar sobre sus propios sentimientos y sobre las circunstancias que lo rodean. Es un monje humilde, conocedor de sus límites y de su debilidad. Somete al imperio de la razón iluminada por la gracia de Dios la veleidad de sus pensamientos, sojuzga los vicios al gobierno de su voluntad discreta, y camina por la *senda real* de la recta moderación.

Hombre sabio, sabe distinguir lo esencial de lo accidental y, por lo tanto, es capaz de renunciar a lo innecesario y superfluo. Es ecuánime porque tolera con fortaleza el infortunio y modera la euforia en la prosperidad; aprovecha tanto lo próspero como lo adverso para crecer en la virtud. Esta estabilidad de su alma se transparenta en la gravedad de su conducta.

El monje discreto es *respetuoso de la experiencia de los mayores*, sabe pedir consejo, es dócil y obediente a las admoniciones y a la tradición que recibió de ellos. Sobre todo, el varón discreto ha llegado a la cima de la vida de oración. Está armado con la *fe, la esperanza, la caridad y la meditación asidua de la Palabra de Dios* que le permiten luchar contra los enemigos espirituales que lo acechan. Es un *hombre de oración profunda y continua*, un auténtico contemplativo a quien Casiano retrata al cierre de la primera serie de sus *Colaciones*:

Aquel que ha arribado a este grado y continúa progresando, no solo posee la simplicidad y la inocencia sino que, *armado de la virtud de la discreción*, se convierte en *exterminador de las serpientes venenosas* y mantiene sojuzgado a Satanás bajo sus plantas. El ardor encendido de su alma le asemeja a un *ciervo espiritual* que se apacienta sobre las montañas de los profetas y de los apóstoles. Es decir, se sacia de sus celestiales y misteriosas enseñanzas (*Col. X, 11; 495*)⁶.

⁶ «Quisquis autem ex hoc proficiens statu non solum innocentiae simplicitatem possidet, sed etiam discretionis uirtute munitus uirulentorum serpentium exterminator effectus est habens contritum Satanam sub pedibus suis, et ad figuram rationabilis cerui mentis alacritate peruenit, pascetur in prophetis atque apostolicis montibus, id est excelsissimis eorum ac sublimissimis sacramentis» (91-92).

El Abba es también un *experto*, un hombre de experiencia consumada. La lucha con su propia flaqueza y el triunfo de la gracia en él han sido sus principales pedagogos. Por eso Casiano se refiere a la experiencia como auténtica “maestra” de vida (*magistra experientia*, Col. XIX, 7). El Padre espiritual es un *maestro sabio* porque después de haber luchado a lo largo de su vida contra los vicios que anidaban en su interior es capaz de descubrir las causas de cada uno de ellos y de conocer la terapéutica más conveniente y eficaz. Su escuela fueron la propia experiencia y el consejo que él mismo recibió de los ancianos. Se formó en esta *palestra* viviente y ahora, con un corazón purificado y libre, puede conducir a otros por este camino.

Casiano llama también al Padre espiritual «verdadero médico de las almas» (*verissimi animarum medici*, Inst. XI, 17), «médico perspicaz y providente» (*perspicassimus ac providus medicus*, Inst. X, 15). Esta imagen del terapeuta había sido empleada por Cristo, quien afirma: «No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos; Yo no he venido a buscar a los justos sino a los pecadores» (Mt 9,12-13). Casiano gusta usar este símil entre las enfermedades del cuerpo y las del alma que era frecuente en la literatura cristiana primitiva. En efecto, considera al monje esclavizado por sus vicios como un hombre “enfermo” que necesita de la ayuda del “terapeuta espiritual” para aprender a ordenar sus pasiones. Asevera nuestro autor:

Del mismo modo que los médicos más expertos no solo curan las enfermedades que se presentan, sino que también, con sagaz inteligencia, salen al encuentro de las futuras, por medio de prescripciones y remedios saludables, así también, los que son verdaderos *médicos de las almas*, antes de que aparezcan las *enfermedades del corazón*, las destruyen con un *coloquio espiritual*, como si este fuera un antídoto celestial, y no permiten que se desarrollen en las almas de los jóvenes, manifestándoles tanto las causas de las pasiones que los amenazan, como los remedios para su curación (Inst. XI, 17; 250).

Según las enseñanzas del Abad de San Víctor, el Abba consumado es un verdadero *terapeuta del corazón* en el que deben descollar varias virtudes. En primer lugar, una profunda vida de oración. El anciano es, ante todo, un *orante*. Conocedor de la Palabra de Dios, sabe comunicarla a su hijo con verdadera sabiduría y, en muchas ocasiones, se la ofrecerá como remedio eficaz. Casiano lo llama «un encantador, hábil en servirse de las fórmulas mágicas de la Sagrada Escritura» (Col. XVIII; 17).

Otra virtud que brilla en él, como señalamos anteriormente, es la *discreción*, considerada por Casiano «madre, guarda y moderadora de todas las virtudes» (*Omnium namque uirtutum generatrix, custos moderatrixque*

discretio est, Col. II, 4). Ella hace del Abba un prudente consejero que sabe distinguir cuál es el origen de los pensamientos que asolan al discípulo: Dios, el demonio o la propia carne. El anciano se asemeja, de esta manera, a un faro luminoso capaz de señalar a los enceguecidos por las malas inclinaciones cuál es el mejor camino a seguir.

El Maestro es también *puro de corazón* porque reina en él la virtud de la caridad. Ella ordena todos sus afectos y sus obras. Por eso brillan en él las cualidades propias de un padre: la ternura, la comprensión, la capacidad de escucha, la misericordia con los tentados y con los que han caído, la benignidad, la mansedumbre, la hospitalidad, fundadas todas ellas en una verdadera humildad.

Casiano presenta estas virtudes en los retratos de cada uno de los Padres a quienes atribuye las conferencias espirituales. Así, Abba Moisés descuella por su discreción, Abba Sereno por su pureza de corazón, Abba Queremón por su caridad y cortesía, Abba Pinufio por su hospitalidad y humildad. Aconseja el escritor:

El monje [...] de ningún modo debe desear el ejemplo de todas las virtudes en una sola persona, aunque sea la más grande. Y esto, porque uno está adornado con las flores de la ciencia; otro está consolidado vigorosamente en la técnica del discernimiento; otro, por su parte, está fundado en la gravedad de la paciencia. Quién aventaja en la virtud de la humildad; quién en la continencia; quién brilla por la gracia de la simplicidad. Por su aplicación éste sobrepaja a los demás en la magnanimidad; aquél en la misericordia; ése en las vigiliass; éste en el silencio y ese otro en el trabajo (*Inst.* V, 4; 121).

Casiano explica que, en realidad, son las virtudes del mismo Cristo las que brillan, separadas, en cada uno de ellos. Lo importante es creer que el Abba representa a Cristo en el monasterio, como explicitará un siglo más tarde San Benito en su *Regla* (Cap. 2).

3. Los instrumentos del arte espiritual

Este hábil *pedagogo* no está solo en la tarea sino que él mismo es un instrumento libre del Espíritu Santo, ya que la obra de arte que se realizará en el discípulo es, en definitiva, obra de la gracia de Dios.

El encuentro entre Abba y discípulo solía denominarse con el nombre de *Colación* o *Conferencia espiritual*. La palabra *Colaciones* deriva de la latina *collatio* o *conlatio*, sustantivo del verbo *conféro*, que significa agregación, reunión, acumulación de objetos o de personas y también confrontación,

cotejo, comparación⁷. Dichas colaciones son los *diálogos* o *entrevistas espirituales* que tenían los monjes noveles con sus maestros dado que toda pedagogía monástica es personal, concreta, *dialógica*. En efecto, explica García Colombás que «la colación es un diálogo en el que intervienen diversos interlocutores, bajo la dirección de un anciano o de una autoridad reconocida que dirige los debates y resume las conclusiones»⁸.

Las Conferencias de un anciano o del abad de un monasterio eran una costumbre muy arraigada en el monacato. *Los novicios preguntaban sus dudas y el abba respondía o simplemente exponía, de manera sencilla, la doctrina espiritual que deseaba enseñarles y que debía ser acogida con toda humildad y reverencia, como un verdadero oráculo*. Casiano aconseja, en efecto: «Recibe la doctrina y enseñanza de los ancianos con suma atención del corazón pero con los labios sellados por el silencio. Deposítalas con cuidado en el secreto de tu mente y apresúrate a practicarlas más bien que enseñarlas enseguida» (*Col. XIV, 9; 101*).

Por eso los ancianos que tienen una gran experiencia de innumerables caídas y derrotas acostumbran a exponer éstas y otras muchas cosas en sus *conferencias*, en particular para la instrucción de los jóvenes. Frecuentemente, reconociendo en nosotros muchas de estas cosas cuando los ancianos las exponían y las sacaban a luz como si ellos mismos estuvieran turbados por ellas, éramos curados sin quedar confusos y avergonzados. Aprendíamos a la vez los remedios y las causas de los vicios sin tener que confesarlos (*Inst. VII, 13; 178-179*)

De este fragmento, deseamos subrayar algunas ideas fundamentales:

- a) Los ancianos enseñan en las conferencias espirituales desde la riqueza de su propia experiencia interior.
- b) Las colaciones están destinadas a instruir a los novicios e inexpertos mediante la cercanía de un diálogo sabio y paternal.
- c) El discípulo debe tener un corazón dócil y el deseo sincero de crecer en perfección para que estas pláticas le sean provechosas.
- d) Casiano revela el fin expreso de ese encuentro espiritual: ayudar a los discípulos a realizar un proceso interior de curación.

La base de esas instrucciones o exhortaciones es *el diálogo* que estimulaba a las almas a la perfección y las ayudaba a realizar una sincera terapéutica de las enfermedades espirituales. En dicho intercambio, el discípulo solo

⁷ Cf. A. BLÁNQUEZ FRAILE, *Diccionario latino-español*. T. I., Sopena, Barcelona 1975⁵, 393.

⁸ G.M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo* I, BAC, Madrid 1974, 84.

preguntaba algo referente a la salvación de su alma y debía hacerlo con docilidad interior para poner por obra el consejo recibido, tal como indicamos más arriba. Al maestro correspondía responder con la amplitud que juzgase necesaria mientras el novicio escuchaba con reverencia.

Por otra parte, *el monasterio* es considerado por la tradición una *escuela de la perfección* y lo primero que hace el padre espiritual es probar al novicio en la obediencia y la humildad. Al respecto explica Casiano:

La solicitud y la enseñanza fundamental del anciano, por la cual el joven iniciado será capaz de subir hasta las más altas cumbres de la perfección, será *que se le enseñe ante todo a vencer sus voluntades*. Ejercitándolo en estas cosas, con aplicación y diligencia se preocupará de mandarle siempre intencionalmente aquello que percibe que es más contrario a su manera de ser. Aleccionados por muchas experiencias enseñan que el monje -y sobre todo los más jóvenes- no puede dominar el apetito de la concupiscencia, si no ha aprendido a mortificar sus voluntades por la obediencia. Por esta razón afirman que de ningún modo podrá vencer ya la ira o la tristeza, ya extinguir el espíritu de fornicación, ni tampoco (podrá) guardar la verdadera humildad de corazón, ni mantener con los hermanos una perpetua unidad, ni una firme y prolongada concordia; ni permanecer largo tiempo en el cenobio, si no ha aprendido primero a vencer sus voluntades (*Inst. IV, 8; 85*).

Es necesario explicar qué significa esta expresión “vencer sus voluntades”. El texto latino habla de «suas uincere uoluntates» y de «animo eius». Inmediatamente se hace referencia a todo el mundo pasional, es decir que se trata de «los deseos desordenados, los sentimientos o emociones, las pasiones». Por lo tanto, el anciano se propone enseñar al joven a dominarse, a ordenar las tendencias apasionadas que lo tiranizan y le impiden ser perfectamente libre, a ser dueño de sí. De ahí que el Abba sea para él como un *faro* que le ilumina el camino y le ayuda a proyectar luz en su interior oscurecido por los vicios. El maestro obrará, pues, «studiose ac diligenter», es decir, con celo y diligentemente, atentamente, por tanto no impondrá al joven su propio capricho sino que en cada indicación juzgará el remedio más oportuno, aunque muchas veces éste resulte amargo para el aprendiz.

Para ello es fundamental que el discípulo se ejercite en *abrir el corazón*. Esta *apertura de corazón* es una práctica importantísima y tradicional en el monacato. Consiste en que el joven revele con sencillez y confianza a su maestro los sentimientos más profundos y oscuros que lo afligen con la certeza de que será comprendido y ayudado. El fin es que el demonio, que suscita todo sentimiento malo, al quedar al descubierto, deje en paz al soldado de Cristo y éste halle luz y fortaleza en el sabio consejo de su padre espiritual, tan experto en estas luchas interiores. Aclara el autor:

Con estos principios, como con ciertas letras y sílabas, se empeñan en instruir a los que inician y en formarlos para la perfección discerniendo claramente de este modo, si están arraigados en una humildad verdadera o si es fingida e imaginaria. Para que puedan llegar a ella fácilmente, les enseñan a *no esconder ninguno de los pensamientos* que bullen en el corazón, inducidos por una perniciosa vergüenza, sino a *manifestarlos a su anciano* no bien hayan surgido y a *no confiar en su propio discernimiento* apoyados en lo que estos pensamientos sugieran, sino *creer que es malo o bueno, lo que resuelva o manifieste el juicio del anciano* (Inst. IV, 9; 86).

De este fragmento se desprenden importantes enseñanzas que es necesario destacar:

- a) la paciencia del maestro en formar a sus discípulos;
- b) el sabio discernimiento del anciano quien debe distinguir en los novicios la auténtica humildad;
- c) la praxis de la apertura de corazón que consiste en no ocultar, por vergüenza, los pensamientos que perturban el alma;
- d) la confianza del joven en su maestro y la docilidad en poner por obra sus paternales consejos.

Casiano señala, además, que el anciano debe enseñar al discípulo a *orar*. El Abba es, en efecto, el primer auditor de la Palabra de Dios y con su propio ejemplo orante induce a su hijo a escucharla con fe y perseverancia hasta que Ella anide en su corazón y produzca fruto. El monje debe aspirar a que toda su vida sea una oración constante, como exhorta el escritor: «Por tanto, éste debe ser nuestro principal objetivo y el designio constante de nuestro corazón: que nuestra alma esté continuamente adherida a Dios y a las cosas divinas» (Col. I, 8; 44).

Finalmente, el maestro ayudará al discípulo a ejercitarse en el *desprendimiento* y la *renuncia*, no solo de los bienes materiales sino, ante todo, del pecado y de las imperfecciones advertidas para que Dios sea Todo en su vida.

4. El discípulo, una obra de arte

El monje puesto bajo la dirección de un mayor es acogido por éste como un verdadero hijo que debe ser amado y corregido. Por su parte, el novicio debe recibir sus enseñanzas con docilidad de corazón y sin replicar nada, aprendiendo no solo de las exposiciones doctrinales del padre sino, sobre todo, de su ejemplo de vida. Afirma Casiano:

Estas cosas no se aprenden como las ciencias humanas, en que se empieza por la enseñanza verbal. *La práctica y la experiencia deben preceder a todo*. Ello no obstante, es igualmente necesario estudiarlas cuidadosamente en *las conferencias con varones espirituales*, y profundizarlas con ejemplos mediante *la experiencia de todos los días*, de lo contrario, quedan sin efecto por la negligencia o se pierden por el olvido (Col. XXIII, 21; 426).

La actitud recta y humilde del novel atleta es fundamental ya que esta disposición es la que suscitará la respuesta sabia del maestro. Casiano insiste reiteradamente en la necesidad de un *deseo sincero de perfección por parte del joven* y, sobre todo, de *una fe ardiente* puesto que si lo mueve mera curiosidad, la vanidad o algún otro interés que no sea recto, no llegará nunca a la madurez espiritual. Escribe al respecto:

Hijos míos, cuando alguien desea adquirir la pericia de algún arte, es menester que *se consagre con todo el interés y solicitud de que es capaz* a los ejercicios particulares de esa profesión que desea conocer. Debe observar los preceptos y avisos de los maestros más consumados en tal ciencia y oficio. De lo contrario, no hace más que fluctuar a merced de ineficaces deseos, y no le será posible llegar a una semejanza con aquellos cuya aplicación e industria se desdeña en imitar (Col. XVIII, 2; 215).

La confianza del discípulo en el papel instrumental del anciano le ayudará a abrirle su corazón con humildad. En efecto, el novicio debe creer firmemente que este hombre lleno de experiencia es un médico sabio que le dará el remedio adecuado para extirpar los vicios y que sus consejos concretos son la manifestación visible de la voluntad de Dios en su vida. Dice Casiano por boca de Abba José:

¿Por ventura no será posible con la gracia del Señor curar los pensamientos de los hombres? Dadme a conocer los vuestros, que poderoso es Dios para concederos, *en la medida de vuestra fe*, el remedio apetecido por medio de mis consejos (Col. XVII, 4; 194).

En definitiva, la actitud más importante por parte del aprendiz es la *docilidad*, reflejo fiel de su humildad y su obediencia. Ambas virtudes son fundamentales para Casiano, pues hacen del monje un discípulo transparente de Cristo manso y humilde. De esta manera su vida será semejante a una *casa construida sobre roca* (Mt 7,24-27); ni las tentaciones ni las pruebas podrán turbar al monje prudente porque su existencia está cimentada sobre las sólidas enseñanzas de un sabio arquitecto, su Padre espiritual, vicario de Cristo, la Roca verdadera.

La práctica paciente y constante de las enseñanzas y consejos recibidos de su maestro será para el joven como un entrenamiento diario que lo conducirá a la libertad interior. Será capaz de escuchar con oídos atentos los delicados susurros del Espíritu Santo y, convertido él a su vez en un artista consumado, podrá guiar a los demás. Él habrá adquirido por propia experiencia *la ciencia espiritual*, tal como explica nuestro autor: «Llegará un día en que, no tanto por la lectura como por *una laboriosa experiencia*, poseerás la doctrina. Y, ya más avanzado en años, estarás en situación de enseñar a los otros» (Col. XIV, 17; 121).

Conclusión

Habíamos afirmado que es propio de todo Padre espiritual engendrar y educar en la fe puesto que él es imagen de la paternidad de Dios. Juan Casiano y todos los Padres monásticos nos legaron, al respecto, enseñanzas sapientísimas y persuasivas.

Ellos conocieron por propia experiencia los repliegues más hondos del alma humana y las maravillas que puede obrar la gracia de Dios en ella. Concibieron al monje como un diestro atleta o un soldado entrenado en las batallas del espíritu y la vida monástica como una disciplina altísima con sus reglas propias, un auténtico combate o *arte espiritual*. Dicho arte no puede alcanzarse sin ayuda y es necesario un experto que lo enseñe con fidelidad y paciencia.

Para la tradición monacal, el Padre espiritual es el hábil artesano que aplica los instrumentos de su saber a su joven discípulo y, tallando en su alma, la convierte, con la ayuda de la gracia, en una bella obra arte. Esta *ciencia espiritual* debe continuar transmitiéndose de generación en generación y dicho novicio, materia dócil cincelada por la maestría del artesano, se transformará, a su vez, en un consumado artista, en un sabio educador.

Nos preguntamos qué pueden decirnos Casiano y estos monjes del cristianismo primitivo a los hombres y mujeres de hoy. Todos los docentes estamos llamados, como dice Don Bosco, a hacer las veces de *padres* de nuestros amados jóvenes. Eso implica no solo la transmisión intelectual de diversos “contenidos”, sino también, engendrar y educar al hombre completo abarcando, incluso, su vida interior.

«Nadie da lo que no tiene», por eso es necesario que cada uno de nosotros alcancemos la madurez espiritual, lleguemos «al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo», como nos exhorta San Pablo (Ef 4,13). Es evidente que no podemos emprender solos dicha tarea. Es importante, pues,

que el hombre contemporáneo comprenda que, para ser engendrado y educado en la vida interior, es necesario acercarse con sed de perfección y con docilidad de corazón a los grandes *maestros del espíritu*, a los auténticos Padres espirituales, como Juan Casiano, con la disponibilidad de meditar, asimilar y practicar sus enseñanzas. En sus escritos, siempre actuales y universales, todos los hombres sedientos de perfección encontrarán un camino exigente, pero accesible, para alcanzar la verdadera sabiduría.